

Jesús Herrero Gómez

(Madrid, 1942 - Lima, 2013)



Semblanza

Se fue ayer, 10 de diciembre, sin despedirse. Cuando nos enteramos, recordamos lo que nos dijo en la celebración de sus Bodas de Oro como jesuita hace pocos años: “¡Qué pronto se hace tarde!”. Al padre Jesús Herrero se le hizo tarde muy temprano, cuando le sobraban todavía ganas y capacidades para seguir aportando al mejoramiento de nuestra educación.

Jesús había nacido en Madrid en 1942, cuando el mundo andaba metido en una guerra catastrófica y la España de la posguerra civil pasaba por los “años del hambre”. Hizo sus estudios básicos en el colegio de los jesuitas de su ciudad natal, y cuando terminó la secundaria, en 1959, ingresó al noviciado de la Compañía de Jesús. Un año después, con apenas 18 años de edad, fue enviado al Perú, donde llegó el 28 de julio de 1960.

Venía, por cierto, para quedarse, para seguir formándose y luego trabajar como uno más de nosotros. Ordenado de sacerdote en 1972 y concluida su formación religiosa, se incorporó de lleno al trabajo, pero siguió especializándose en temas de gestión y administración educativa a través de cursos formales y, sobre todo, en esa excelente “universidad de la experiencia” que es el trabajo educativo.

En 1974 se incorporó de lleno al trabajo en Fe y Alegría, esa conocida red de centros educativos públicos que, en convenio con el Estado, conducen los jesuitas y que ha demostrado en los hechos que la excelencia no está reñida con lo público ni con la pobreza. Comenzó, como todos, como peón, poniendo el hombro donde fuera necesario: apoyando la gestión, impartiendo cursos de educación técnica (mecánica, soldadura, reparaciones), promoviendo la creación de nuevos centros, trabajando con los padres y madres de familia de los alumnos, promoviendo con los maestros la creación de climas amigables para el aprendizaje, etcétera. Le tocó luego dirigir la red y lo hizo con destreza y maestría de 1988 a 1998, recorriendo incansablemente las escuelas de los arenales de la costa, de las riberas de los ríos amazónicos y de las zonas andinas. Y, desde ese último año hasta que lo sorprendió la muerte, se desempeñaba como coordinador educativo, una especie de “siete oficios” a quien le tocaba hacer de todo: convencer a los funcionarios del Ministerio de Educación para que autorizasen el funcionamiento de un nuevo centro educativo; conseguir plazas de docentes para las escuelas, construidas a veces por los padres de familia; realizar gestiones en el Ministerio y los órganos intermedios para acelerar las resoluciones de contratación y de pago de los profesores nuevos; atender casos de *bullying* o acoso escolar, entre muchos otros.

Siendo de conocimiento público esta trayectoria, no es raro que el Ministerio de Educación convocara al padre Jesús Herrero para formar parte del Consejo Nacional de Educación, desde su fundación en 2003. La primera tarea de envergadura del CNE fue la elaboración del Proyecto Educativo Nacional. Jesús contribuyó con este emprendimiento aportando sus conocimientos y su probada experiencia en docencia y gestión educativa.

Ya en la primera etapa, 2003-2008, la participación del padre Herrero en el CNE se hizo notar no solo por su voz potente y su risa contagiosa, sino por la mesura de sus posiciones y su capacidad de escucha, actitudes importantes en una institución compuesta por consejeros de diversas procedencias profesionales y políticas.

El Ministerio de Educación reconoció sus aportes a la educación otorgándole las Palmas Magisteriales en el grado de Amauta en 2008. Algunos años después, en 2011, sus colegas del CNE lo eligieron presidente de esta institución, a sabiendas de que su bonhomía, su indismayable ilusión de cultivar excelencia educativa en condiciones aparentemente adversas, su casamiento inseparable con la moralidad, su apuesta decidida por la calidad y el mejoramiento de los aprendizajes, su capacidad para moverse con destreza en diversos entornos (educativo, estatal, empresarial), su apertura de espíritu y ese realismo cálido y bonachón que lo caracterizaba eran propiedades y fortalezas más que suficientes para conducir la institución.

Y Jesús lo hizo calmadamente, como hacía todo, componiendo siempre, articulando, limando asperezas, buscando lo equivalente en medio de lo diferencial, pero también señalando deficiencias cuando había que señalarlas, y sin renunciar nunca, aunque fuese a su modo, a la capacidad de indignación.

En la semblanza de este hombre —que, como dijera más de una vez, para ser bueno había que dejar de aspirar a ser perfecto— no puede faltar el recuerdo de la cercanía y el cariño con los que se relacionaba con su entorno laboral. El equipo técnico del CNE es testigo privilegiado de esta característica del padre Jesús.

Miércoles, 11 de diciembre del 2013

Consejo Nacional de Educación

(Tomado de <<http://www.cne.gob.pe/index.php/CNE-Infirma/semblanza-jesus-herrero-gomez.html>>).